

nozco á Dios en sus obras; le siento en mí, le veo en derredor de mí, pero así que quiero contemplarle en sí mismo, así que quiero indagar dónde está, quién es, cuál es su sustancia, huye de mí, y perturbado mi espíritu nada distingue.

»Penetrado de mi insuficiencia, nunca discurriré acerca de la naturaleza de Dios, si no me veo forzado por la conciencia de sus relaciones conmigo. Siempre son temerarios estos raciocinios, y no debe entregarse á ellos un hombre prudente sin estremecerse y estar convencido de que no es capaz de profundizarlos; porque lo mas injurioso para la Divinidad no es que no pensemos en ella, sino que pensemos mal.

»Habiendo descubierto los atributos por los cuales concibo su existencia, vuelvo á mí, y averiguo qué lugar ocupo en el órden de las cosas que gobierna la Providencia, y que puedo yo examinar. Sin disputa me encuentro en el primero por mi especie, puesto que por mi voluntad y los instrumentos que para ejecutarla están en mi mano, tengo mas fuerza para obrar en todos los cuerpos que me cercan, ó para aumentar ó atenuar la eficacia de su accion en mí, segun me conviene, que la que tiene ninguno de ellos para obrar en mí contra mi voluntad por solo el impulso físico; y por mi inteligencia soy el único que tiene inspeccion en el todo. ¿Qué ser en la tierra, si no es el hombre, sabe observar á todos los demás, medir, calcular, preveer sus movimientos y afectos, y enlazar por decirlo así, el sentimiento de la existencia comun con el de su existencia individual? ¿Qué, tan ridiculo es pensar que todo lo hizo Dios para mí, si soy yo el único que sabe referirlo todo á él?

»Seguramente el hombre es el monarca de la naturaleza, á lo menos en la tierra que habita; porque no solo doma los animales todos, y dispone por su industria de los elementos, sino que solo él en la tierra sabe disponer de ellos, y por la contemplacion se enseorea hasta de los mismos astros á que no puede acercarse. Enséñenme otro animal en la tierra que sepa hacer uso del fuego, que sepa maravillarse él solo. ¡Y qué, he de poder observar y conocer los seres y sus relaciones, sentir qué es el órden, la beldad, la virtud, contemplar el

universo, enaltecerme hasta la mano que le rige; he de poder amar lo bueno, practicarlo, y me he de comparar á los brutos! Alma villana, tu triste filosofía es la que te hace semejante á ellos; pero en vano pretendes envilecerte: tu ingenio reclama contra tus principios, tu benéfico pecho desmiente tu doctrina, y hasta el abuso de tus facultades comprueba en despecho tuyo su excelencia.

»Yo por mí, que no tengo sistema que sustentar, hombre sencillo y verídico á quien no arrastra la manía de ningun partido, y que no aspiro á la honra de ser caudillo de secta, satisfecho con el puesto en que me ha colocado Dios, despues de él no veo cosa mejor que mi especie; y si hubiese de elegir mi lugar en el órden de los seres, ¿qué otro mas alto pudiera elegir que el de hombre?

»Esta reflexion me entenece mas que me engrie; porque este estado no le elegí yo, ni era debido al mérito de un ser que aun no existía. ¿Cómo puedo mirarme tan privilegiado, sin darme el parabien de desempeñar tan honroso puesto, y bendecir la mano que en él me colocó? De mi reflexion primera acerca de mí, nace en mi corazon un afecto de gratitud y bendicion al autor de mi especie, y de este afecto mi tributo primero á la Divinidad benéfica. Adoro el supremo poder, y me enternecen sus beneficios. No necesito que me enseñen este culto, pues me le dicta la misma naturaleza. ¿No es natural consecuencia del amor de sí mismo amar lo que nos ampara, y honrar lo que nos hace bien?

»Mas cuando para conocer luego mi puesto individual en mi especie, contemplo su economía, sus diversas jerarquías, y los hombres que las ocupan ¿dónde estoy? ¿Qué espectáculo! ¿Qué se ha hecho el órden que había observado? La imagen de la naturaleza solo me presentaba armonía y proporciones; la del linaje humano solo ofrece confusion y desórden. Reina la concordia entre los elementos, ¡y los hombres se hallan en el caos! Los brutos son felices; ¡su rey solo es miserable! ¡Oh sabiduría! ¿dónde están tus leyes? ¡Oh Providencia! ¿así gobiernas el mundo? Ser benéfico, ¿qué es de tu poder? Veo el mal sobre la superficie de la tierra.

»¿Creeríais, amigo mio, que de estas tristes reflexiones y de estas aparentes contradicciones se formaron en mi entendimiento las sublimes ideas del alma, que hasta aquí no habian resultado de mis investigaciones? Meditando acerca de la naturaleza del hombre, creí descubrir en él dos principios distintos: uno que le elevaba al estudio de las eternas verdades, al amor de la justicia y la belleza moral, á las regiones del mundo intelectual, en cuya contemplacion se cifran las delicias del sabio; y otro que soezmente le retraía á sí mismo, que le esclavizaba al imperio de los sentidos y de las pasiones que son sus ministros, y por ellas anulaba cuantas ideas grandes y nobles le dictaba el sentimiento del primero. Sintiéndome arrastrado y combatido por estos dos contrarios movimientos, decia entre mí: No, el hombre no es uno; yo quiero, y no quiero: á la par me siento esclavo y libre; veo lo bueno, lo apruebo, y obro mal; soy activo cuando escucho la razon, pasivo cuando me arrastran mis pasiones; y cuando me rindo, mi mayor tormento es conocer que podia hacer resistencia.

»Escuchad sin desconfianza, mancebo, que yo seré ingénuo siempre. Si la conciencia es obra de las preocupaciones, voy sin duda equivocado, y no hay moral demostrada; mas si es natural propension del hombre anteponerse á todo, y si no obstante es innato el primer sentimiento de la justicia en el corazon humano, remueva estas contradicciones el que hace al hombre un ser simple, y no reconozco entonces mas que una sola sustancia.

»Notad que por la voz sustancia entiendo en general el ser dotado de una cualidad primitiva, haciendo abstraccion de toda modificacion particular ó secundaria: de suerte que si todas las cualidades primitivas que conocemos se pueden reunir en un mismo ser, no debemos admitir mas que una sustancia; pero si hay cualidades que recíprocamente se excluyan, habrá tantas sustancias diferentes cuantas exclusiones de esta especie puedan hacerse. Esto lo reflexionareis; diga Locke lo que quisiere, me basta conocer la materia como extensa y divisible, para estar cierto de que no puede pensar; y cuando venga un filósofo á decirme que sien-

en los árboles y piensan las peñas, en vano me enredará en sutiles argumentos, pues solo podré creerle un sofista de mala fé, que mas quiere dar sentimiento á las piedras, que conceder al hombre un alma (1).

»Supongamos un sordo que niegue la existencia de los sonidos, porque nunca han hecho impresion en su oido. Pongo delante de él un instrumento de cuerdas, y hago tocar su unisono en un instrumento oculto; el sordo vé vibrar la cuerda, y le digo yo: «Eso lo hace el sonido.—Nada de eso, me responde; la causa de la vibracion de la cuerda está en ella misma; es cualidad comun de todos los cuerpos el vibrar así.—Pues mostradme, le replico, esta vibracion en los otros cuerpos, ó á lo menos su causa en esta cuerda.—No puedo, me dice el sordo; mas porque no concibo cómo vibra esa cuerda, ¿quereis que vaya á explicarlo por medio de vuestros sonidos de que no tengo la mas leve idea? Eso es explicar un hecho oscuro por una causa mas oscura

(1) Me parece que lejos de decir que piensan las rocas, ha descubierto por el contrario la filosofia moderna que no piensan los hombres. No reconoce en la naturaleza mas que seres sensitivos; y la única diferencia que halla entre un hombre y una piedra, es que el hombre es un ser sensitivo que tiene sensaciones, y la piedra es un ser sensitivo que no las tiene. Pero si es cierto que toda materia sienta, ¿dónde he de concebir la unidad sensitiva ó el yo individual? ¿Ha de ser en cada molécula de materia, ó en los cuerpos agregados? ¿He de colocar esta unidad tanto en los fluidos como en los sólidos, en los mixtos como en los elementos? Solo individuos hay, dicen, en la naturaleza. ¿Cuáles son esos individuos? ¿Esta piedra es un individuo, ó una agregacion de individuos? ¿Es un solo ser sensitivo, ó contiene tantos como granos de arena? Si cada átomo elemental es un ser sensitivo, ¿cómo he de concebir aquella intima comunicacion, en fuerza de la cual uno se siente en otro, de suerte que los dos *yoes* se confunden en uno solo? La atraccion puede ser una ley de la naturaleza cuyo misterio no conocemos; pero á lo menos concebimos que obrando esta atraccion en razon de las masas, no presenta incompatibilidad ninguna con la extension y la divisibilidad. ¿Lo concebís eso mismo en el sentimiento? Las partes sensibles son extensas, mas el ser sensitivo es indivisible y unico: no se parte, sino que es todo entero ó nulo; luego este ser sensitivo no es cuerpo. No sé de qué modo entienden esto nuestros materialistas; á mí me parece que las mismas dificultades que les han hecho desear el pensamiento, los deberian obligar tambien á que desechasen el sentimiento; y no veo por qué, habiendo dado el primer paso, no hayan de dar el segundo. ¿Qué les costaria? ¿Y una vez que tan ciertos están de que no piensan, cómo se atreven á afirmar que sienten?

todavía. O haced que sienta yo vuestros sonidos, ó digo que no existen.»

»Cuanto mas reflexiono acerca del pensamiento y la naturaleza del espíritu humano, mas me convenzo de que el raciocinio de los materialistas se parece al de este sordo; y efectivamente, sordos son á la voz interior, que les grita en un tono que es difícil no escuchar: una máquina no piensa, no hay movimiento ni figura que produzca la reflexion: en tu interior alguna cosa procura romper los vínculos que se estrechan: el espacio no es tu medida; ni el orbe entero es bastante para tí; tus afectos, tus deseos, tu inquietud, tu misma soberbia tienen otro principio que ese estrecho cuerpo en que te sientes encadenado.

»Ningun ser material es activo por sí propio, y yo lo soy. En vano me lo disputan; lo siento así; y este sentimiento que en mí habla es mas fuerte que la razon que le oponen. Tengo un cuerpo en que obran los otros, y que obra en ellos: esta accion reciproca es indudable; pero mi voluntad es independiente de mis sentidos, consiento ó resisto, me rindo ó soy vencedor; y en mí propio siento perfectamente cuándo hago lo que hé querido hacer; ó cuándo no hago otra cosa que ceder á mis pasiones. Siempre tengo potencia para querer, no siempre fuerza para ejecutar. Cuando me dejo llevar de las tentaciones, obro segun el impulso de los objetos externos; cuando me echo en cara esta flaqueza, solo escucho mi voluntad: soy esclavo por mis vicios, y libre por mis remordimientos: solo cuando me depravo, y cuando, finalmente, estorbo que se levante la voz del alma contra la del cuerpo, la conciencia de mi libertad se borra en mí.

»Solo conozco la voluntad por la íntima conciencia de la mía, y no tengo mas conocido el entendimiento. Cuando me preguntan cuál es la causa que determina mi voluntad, pregunto yo cuál es la que determina mi juicio; porque es claro que estas dos causas no son mas que una sola; y si comprendemos bien que el hombre es activo en sus juicios, que su entendimiento no es mas que la potestad de comparar y juzgar, veremos que la libertad es otra potestad semejante, ó derivada de

aquella; elige el bien como ha juzgado la verdad, y si erróneamente juzga, elige mal. ¿Pues cuál es la causa que determina su voluntad? Su juicio. ¿Y cuál es la que determina su juicio? Su facultad inteligente, su potestad de juzgar; la causa determinante la tiene dentro de sí mismo. En pasando mas adelante, nada entiendo.

»Sin duda no soy libre para no querer mi propio bien, ni soy libre para querer mi mal; mas en eso mismo se cifra mi libertad, en que solo puedo querer lo que me conviene, ó lo que pienso que me conviene, sin que ninguna cosa ajena de mí me determine. De que no soy árbitro de ser otro que yo, ¿se infiere que no sea árbitro de mí mismo?

»Reside el principio de toda accion en la voluntad de un ser libre, y no es posible subir mas arriba. La voz que nada significa no es la de libertad, que es la de necesidad. Suponer algun acto, algun efecto que no derive de un principio activo, es verdaderamente suponer efectos sin causa, incurrir en el círculo vicioso. O no hay primer impulso, ó todo primer impulso no tiene causa ninguna anterior, y no hay verdadera voluntad sin libertad. Luego el hombre es libre en sus acciones, y como tal animado por una sustancia inmaterial; este es mi tercer artículo de fé. De estos tres primeros con facilidad colegireis todos los demás, sin que siga yo contándolos.

»Si el hombre es activo y libre, obra por sí propio; todo cuanto libremente hace está fuera del sistema ordenado por la Providencia, y no puede ser imputado á esta. No quiere Dios el mal que hace el hombre, cuando este abusa de la libertad que le da; pero no le estorba que le haga, ora porque de parte de un ser tan flaco este mal es nulo á sus ojos, ora porque no pudiera estorbarlo sin violentar su libertad, y hacer mayor mal rebajando su naturaleza. Hizole libre, no para que obrase mal, sino bien por su eleccion; púsole en estado de que hiciera esta eleccion, usando bien de las facultades de que le dotó; pero de tal manera limitó sus fuerzas, que no pudiese, abusando de la libertad que le dejó, perturbar el orden general. En el hombre recae el mal que

este hace, sin variar en nada el sistema del mundo, y sin estorbar que á despecho de sí mismo se conserve el género humano. Quejarse de que Dios no le impida obrar mal, es quejarse de que le hizo de excelente naturaleza, de que juntó con sus acciones la moralidad que las ennoblece, y de que le dió derecho á la virtud. La dicha suprema es el contento de sí propio; y para merecer este contento somos moradores de la tierra y dotados de libertad, somos tentados por las pasiones y enfrenados por la conciencia. ¿Qué mas podia hacer en beneficio nuestro la misma potencia divina? ¿Podia hacer contradictoria nuestra naturaleza, dando el premio de las buenas obras á quien no tuviese la potestad de obrar mal? ¡Qué! ¿por estorbar que fuese malo el hombre, le habia de ceñir al instinto, y hacerle bruto? No, no, Dios de mi alma, nunca te acusaré de que formaste á imágen tuya la mia, para que como tú pudiera yo ser libre, venturoso y bueno.

»El abuso de nuestras facultades es lo que nos hace desventurados y malos. De nosotros nos vienen nuestros pesares, nuestras zozobras, nuestras congojas; sin disputa el mal moral es obra nuestra y nada fuera el mal físico sin nuestros vicios que nos le han hecho sensible. ¿No nos hace la naturaleza sentir nuestras necesidades para nuestra conservacion? ¿No es señal el dolor corporal de que se descompone la máquina, y aviso para que acudamos al remedio? La muerte.... ¿No envenenan los malos su vida y la nuestra? ¿Quién querria vivir siempre en medio de ellos? La muerte es el remedio de los males que os haceis; no ha querido la naturaleza que padecierais siempre. ¡A qué pocos males está sujeto el hombre que vive en la primitiva sencillez! Sin dolencias casi como sin pasiones. ni prevee ni siente la muerte; cuando la siente, le hacen que la desee sus achaques, y entonces no es ya para él un mal. Si nos contentáramos con ser lo que somos, no tendríamos por qué lamentar nuestra suerte; pero afanando por un imaginario bienestar, nos acarreamos mil males reales. Mucho le aguarda que padecer á quien no sabe aguantar un leve dolor. Quien con el desarreglo de su vida ha extragado su constitucion, y con remedios quiere resta-

blecerla, al mal que siente añade el que teme; la prevision de la muerte se la torna horrible y se la acelera; cuanto mas se esfuerza en huir de ella, mas la siente; y toda su vida está muerto de susto, querellándose de la naturaleza por los males que ofendiéndola se ha hecho él á sí propio.

»Hombre, no busques el autor del mal; que este autor eres tú mismo. No existe otro mal que el que tú haces ó padeces, y uno y otro vienen de tí. El mal general solo se puede hallar en el desórden, y en el sistema del mundo veo un órden que nunca se desmiente. El mal particular solo consiste en el sentimiento del ser que padece; y no ha recibido el hombre este sentimiento de la naturaleza, sino que él se le ha dado. Poco halla el dolor donde cebarse en quien habiendo reflexionado poco, no tiene prevision ni memoria. Quitad nuestros fatales adelantamientos, nuestros errores y nuestros vicios, quitad la obra del hombre y todo está bien.

»Donde todo está bien no hay injusticia. La justicia es inseparable de la bondad; y la bondad es efecto necesario de una potencia ilimitada y del amor de sí mismo, esencial de todo ser que siente. El que todo lo puede, explaya, por decirlo así, su existencia con la de los seres. Producir y conservar son acto perpétuo de la potencia, que no obra en lo que no existe; Dios no es el Dios de los muertos, y no pudiera ser destructor y malo sin perjudicarse. El que lo puede todo solo puede querer lo que es bueno (1). Luego el ser soberanamente bueno, porque es soberanamente poderoso, tambien debe ser soberanamente justo; sin lo cual se contradeciria á sí propio, porque el amor del órden que da origen al órden se llama *bondad*, y el amor del órden que le conserva se llama *justicia*.

»Dios, dicen, nada debe á sus criaturas. Yo creo que les debe todo cuanto les prometió cuando les dió el ser; y prometerles un bien es darles la idea, y hacerles que

(1) Cuando llamaban los antiguos al Dios supremo *optimus maximus*, decian verdad; pero con mas exactitud se hubieran expresado llamándole *maximus optimus*, porque su bondad procede de su poder, y es bueno porque es grande.

sientan la necesidad de él. Cuanto mas me retraigo dentro de mí, cuanto mas me examino, mas claro leo escritas estas palabras en mi alma: *Sé justo y serás feliz*. Mas no es así, si contemplamos el actual estado de cosas; prospera el malo, y el justo vive oprimido. Ved la indignacion que en nosotros excita mirar frustrada esta esperanza. Exáltase la conciencia y murmura contra su autor; gimiendo la grita: «Me has engañado.»

»Te he engañado, temerario! ¿Quién te lo ha dicho? ¿Está tu alma aniquilada? ¿Has cesado de existir? ¡Oh, Bruto, oh hijo mio! ¡No manilles en la muerte tu noble vida, no dejes en los campos de Filipo con tu cadáver tu gloria y tus esperanzas! ¿Por qué dices que nada es la virtud, cuando va la tuya á gozar el premio merecido? Piensas que vas á morir: no, vas á vivir, y entonces cumpliré yo todo cuanto te he prometido.»

»Dijéramos, al oír las murmuraciones de los impacientes mortales, que les debe Dios la recompensa antes que el mérito, y que está obligado á pagar adelantada su virtud. ¡Oh! Seamos primero buenos, y luego seremos felices. No exijamos el premio antes de la victoria, ni el salario antes del trabajo. No son coronados en la liza, decia Plutarco, los vencedores de nuestros juegos sacros sino despues que la han corrido toda.

»Si es inmaterial el ánimo, puede sobrevivir al cuerpo; y si le sobrevive, está justificada la Providencia. Aunque no tuviese otra prueba de la inmaterialidad del alma que el triunfo del malo y la opresion de justo en este mundo, esto solo me quitaria toda duda. Tan manifiesta contradiccion, tan chocante disonancia en la universal armonia, hiciera que procurase resolverla. Diria: No se acaba todo para nosotros con la vida, todo vuelve al orden con la muerte. A la verdad me veria detenido con la cuestion de saber dónde está el hombre, cuando todo lo sensible que en él habia es destruido; mas esta dificultad no lo es para mí, que he reconocido en él dos sustancias. Muy sencillo es que percibiéndolo todo por mis sentidos durante mi vida corporal, se me esconda lo que en la esfera de estos no se halle. Cuando se ha disuelto la union del cuerpo con el alma, concibo que se puede destruir el uno y conservar la otra. ¿Por

qué la destruccion de aquel ha de acarrear la de esta? Por el contrario, como son de tan distinta naturaleza, se hallaban por su union en un estado violento; cuando cesa esta union vuelven ambos á su estado natural: y la sustancia activa y viviente recobra toda aquella fuerza que gastaba en mover la pasiva y muerta. ¡Ay! Demasiado me hacen sentir mis vicios, que solo es media vida la que vive el hombre en la tierra, y que hasta la muerte del cuerpo no empieza la vida del alma.

»¿Pero cuál es esta vida? ¿Es inmortal el alma por su naturaleza? No lo sé. Mi entendimiento limitado nada concibe sin límites; todo lo que llaman infinito se me esconde. ¿Qué puedo negar ó afirmar, qué juicios formar acerca de lo que no puedo concebir? Creo que sobrevive el alma al cuerpo lo bastante para la conservacion del orden. ¿Quién sabe si lo bastante para que dure siempre? Concibo, no obstante, cómo se gasta y se destruye el cuerpo con la division de sus partes; mas no puedo concebir semejante destruccion del ser pensador; y no imaginándome de qué modo puede morir, presumo que no morirá. Una vez que me consuela esta presuncion, y que no pugna con la razon, ¿por qué he de recelar abandonarme á ella?

»Siento mi alma, la conozco por el sentimiento y el pensamiento; sé que existe, sin saber cuál es su esencia; porque no puedo discurrir sobre ideas que no tengo. Lo que sé, es que la identidad del yo solo se prolonga por la memoria, y que para ser efectivamente el mismo, es preciso que me acuerde de haber sido. Ahora bien, no podria acordarme despues de mi muerte de lo que he sido durante mi vida, sin tambien acordarme de lo que he sentido, y por consiguiente de lo que he hecho; y no dudo que esta memoria constituya un día la felicidad de los buenos y el suplicio de los malos. En la tierra, mil ardientes pasiones absorben el sentimiento interno, y acallan el remordimiento. Los desaires, los sinsabores que acarrea la práctica de las virtudes, estorban que se sienta todo su embeleso. Pero, cuando libres de las ilusiones que nos causan el cuerpo y los sentidos, gocemos de la contemplacion del Ser supremo y de las eternas verdades cuyo manantial es él; cuando embargue todas

las potencias de nuestra mente la belleza del orden; y cuando únicamente nos ocupemos en comparar lo que hemos hecho con lo que debimos hacer, entonces reconocerá la voz de la conciencia su fuerza y poderío; entonces el deleite puro que nace del contento de sí propio, y el amargo desconsuelo de haberse envilecido, distinguirán con inagotables sentimientos el destino que cada uno se hubiere preparado. No me preguntéis, buen amigo mio, si habrá otras fuentes de pena y gloria; no lo sé: y las que me imagino bastan para consolarme en esta vida, y hacerme esperar otra. No digo que serán remunerados los buenos; ¿porque, qué otro bien puede esperar un ser excelente, que vivir conforme á su naturaleza? Digo, sí, que serán felices, porque habiéndolos criado sensibles el autor de toda justicia, los crió para padecer; y no habiendo ellos abusado en la tierra de su libertad, no han frustrado por culpa suya su destino: no obstante, han padecido en esta vida, y serán por tanto indemnizados en la otra. Menos estriba este sentir en los méritos del hombre que en la noción de bondad que me parece inseparable de la divina esencia. No hago otra cosa que suponer la observancia de las leyes del orden, y Dios constante consigo mismo (1).

»No me preguntéis tampoco si serán perdurables las penas de los malos, y si se aviene con la bondad de su autor el condenarlos á perpétuo tormento; tambien lo ignoro, y no tengo la vana curiosidad de profundizar cuestiones supérfluas. ¿Qué me importa lo que ha de ser de los malos? Tampoco me interesa su suerte. Todavía creeré con dificultad que sean condenados á eternos suplicios. Si se venga la suprema justicia, se venga en esta vida: vosotras, oh naciones, vosotras y vuestros errores sois sus ministros. Los males que os haceis los emplea en castigar los delitos que os los han acarreado. En vuestros insaciabiles pechos, ruidos de envidia, de avaricia y de ambicion, las vengativas pa-

(1) No por nosotros, Dios, no por nosotros;
Porque sea tu gloria esclarecida,
Tórnanos á la vida.

siones castigan vuestras maldades en medio de vuestra engañosa prosperidad. ¿Para qué es necesario buscar el infierno en la otra vida, si desde esta reside en el corazón del perverso?

»Donde acaban nuestras perecederas necesidades, donde cesan nuestros dementes deseos, tambien deben cesar nuestras pasiones y nuestros delitos. ¿De qué perversidad han de ser capaces unos espíritus tan puros? ¿Cuando de nada necesiten, por qué han de ser malos? Si, libres de nuestros torpes sentidos, se cifra toda su felicidad en la contemplacion de los seres, solo lo bueno pueden querer: ¿y es posible que el que cesa de ser malo sea por siempre miserable? Esto es lo que me inclino á creer, sin tener afan por resolverme. ¡Oh ser clemente y bueno! Sean los que fueren tus decretos, los adoro: si en toda la eternidad castigas á los malos, mi flaca razon se anonada ante tu justicia; mas si el tiempo ha de apagar los remordimientos de estos desventurados, si han de tener fin sus males, y si la misma paz nos espera á todo un dia, te doy las gracias. ¿El malo no es hermano mio? ¡Cuántas veces he tenido tentacion de imitarle! Despréndase con su miseria de la malignidad que la acompañaba; sea feliz como yo: y lejos de excitar mi envidia su dicha, la mia se acrecentará con ella.

»Contemplando de esta suerte á Dios en sus obras, y estudiándole por aquellos atributos suyos que me importaba conocer, he llegado á explayar y aumentar por grados la idea, antes imperfecta y limitada, que me formaba de este Ser inmenso. Pero si se ha hecho mas noble y mas vasta esta idea, tambien guarda menos proporcion con la razon humana. Al paso que en espíritu me acerco á la luz eterna, me turba y me deslumbra su resplandor, y me veo precisado á abandonar todas las nociones terrenales que me ayudaban á imaginarla. No es ya Dios sensible y corpóreo; la suma inteligencia que gobierna el mundo no es ya el mismo mundo: en vano exalto y trabajo mi mente en concebir su incomprendible esencia. Cuando contemplo que ella es la que da actividad y vida á la sustancia viviente y activa que gobierna los cuerpos animados, cuando me dicen que mi alma es espiritual, y que Dios es un espí-

ritu, me enoja este apocamiento de la divina esencia: como si fueran de la misma naturaleza Dios y mi alma; como si no fuera Dios el único ser absoluto, el único verdaderamente activo, el que siente, piensa, quiere por sí mismo, y del cual hemos recibido el pensamiento, el sentimiento, la actividad, la voluntad, la libertad y el ser. Solo porque quiere que seamos libres, lo somos; y es su inexplicable sustancia con respecto á nuestras almas lo que son nuestras almas con respecto á nuestros cuerpos. ¿Ha criado la materia, los cuerpos, los espíritus, el mundo? No lo sé. La idea de creacion me confunde y excede mi capacidad; la creo hasta donde puedo concebirla; pero sé que ha formado el universo y todo cuanto existe; que todo lo ha hecho, todo lo ha ordenado. Sin duda Dios es eterno; ¿pero puede abarcar mi espíritu la idea de eternidad? ¿Por qué me he de contentar con voces sin ideas? Concibo, sí, que es antes que todas las cosas, que será mientras estas subsistieren, y mas allá, si hubiese todo de acabarse un día. Si un ser que yo no concibo dá la existencia á otros seres, es cosa oscura é incomprendible; pero que se conviertan por sí mismos el ser y la nada uno en otro, es una palpable contradiccion y un absurdo visible.

Dios es inteligente; pero ¿cómo lo es? El hombre es inteligente cuando discurre, y la inteligencia suprema no necesita discurrir; para ella no hay premisas ni consecuencias, tampoco hay proposición: es meramente intuitiva, igualmente ve todo cuanto es y todo cuanto puede ser; todas las verdades son para ella una sola idea, como todos los lugares un solo punto, y todos los tiempos un solo momento. La potencia humana obra por medios, la potencia divina obra por sí misma. Dios puede porque quiere; su voluntad constituye su poder. Dios es bueno, no hay cosa mas manifiesta; pero la bondad en el hombre es el amor de sus semejantes, y la bondad de Dios es el amor del orden; porque por el orden mantiene cuanto existe, y liga con el todo cada parte. Dios es justo, estoy convencido de ello, y es á consecuencia de su bondad: la injusticia de los hombres es obra de ellos, no de Dios: el desórden moral, que á los ojos de los filósofos da testimonio contra la providen-

cia, á los míos la demuestra. Pero la justicia humana consiste en dar á cada uno lo que le pertenece, y la divina en pedir á todos cuenta de lo que les ha dado.

»Y si llego sucesivamente á descubrir estos atributos de que no tengo ninguna idea absoluta, es porque camino por consecuencias forzosas, y haciendo buen uso de mi razon; pero los afirmo sin comprenderlos; y en realidad esto no es afirmar nada. En vano digo: Dios es de tal manera, lo conozco y lo pruebo; pero no por eso concibo cómo puede ser Dios de tal manera.

»Finalmente, cuanto mas me afo en contemplar su infinita esencia, menos la concibo; pero existe, eso me basta: cuanto menos la concibo, mas la adoro. Humillado le digo: Ser de los seres, yo existo porque existes tú; meditando sin cesar en tí, me encumbro hácia mi fuente. El uso mas sublime de mi razon es anonadarse en tu presencia; el rapto de mi espíritu, el embeleso de mi flaqueza es mirarme absorto en tu grandeza.

»Habiendo deducido de esta manera las principales verdades que me importaba averiguar, faltame ahora indagar qué máximas de conducta debo sacar de la impresion de los objetos sensibles y del sentido interno que me incita á que juzgue de las causas segun mis luces naturales; y qué reglas me he de prescribir para desempeñar mi destino en la tierra segun la intencion del que en ella me ha puesto. Siguiendo siempre mi método, no saco estas reglas de los principios de una recóndita filosofía; pero las hallo en lo interior de mi corazon, grabadas en indelebles caractéres por la naturaleza. Me basta con consultarme acerca de lo que quiero hacer: todo cuanto siento que es bueno, lo es; todo cuanto siento que es malo, es malo: el mejor de todos los casuistas es la conciencia; y solo cuando altercamos con ella, recurrimos á las sutilezas del racionio. Nuestra primera solicitud es por nosotros mismos: no obstante, ¡cuántas veces nos dice la voz interior que obramos mal, procurando nuestro bien á costa del ajeno! Nos parece que seguimos el impulso de la naturaleza, y le resistimos; escuchamos lo que dice á nuestros sentidos, y nos desentendemos de lo que grita en nuestros corazones: el ser activo obedece, el pasivo manda. La conciencia es

la voz del alma, las pasiones son la del cuerpo. ¿Es extraño que se contradigan con tanta frecuencia estos dos idiomas? ¿Y cuál debemos escuchar en tal caso? Tan á menudo nos engaña la razén, que nos sobra derecho para recusarla: mas nunca nos engaña la conciencia, que es la verdadera guia del hombre, y con respecto al alma lo que el instinto con respecto al cuerpo (1): quien la sigue obedece á la naturaleza, y no teme descarriarse. Importante es este punto, prosiguió mi bienhechor, viendo que le iba yo á interrumpir: permitid que me detenga algo mas en aclararle.

» Toda la moralidad de nuestras acciones consiste en el juicio que nosotros mismos formamos de ellas. Si es cierto que lo bueno sea bueno, debe serlo en lo interior de nuestro corazón, como en nuestras obras; y la paga primera de la virtud es conocer uno que la practica. Si la bondad moral es conforme con nuestra naturaleza, no puede el hombre tener sano y bien constituido el espíritu, sino en cuanto es bueno: si no lo es, y el hom-

(1) La filosofía moderna, que solo admite lo que explica, se guarda de admitir esta oscura facultad llamada instinto, que encamina, al parecer sin conocimiento ninguno adquirido, á los animales hácia un fin. Según uno de nuestros mas juiciosos filósofos, no es otra cosa el instinto que un hábito privado de reflexion, pero que se ha adquirido reflexionando; y del modo como explica estas reglas, se debe colegir que reflexionan mas los niños que los hombres; paradoja tan extraña que no merece la pena de examinarla. Sin meterme aquí en esta discusion, pregunto qué nombre habré de poner al ardor con que hace mi perro la guerra á los topos que no come, á la paciencia con que los está acechando á veces horas enteras, y á la habilidad con que los agarra, los saca de la tierra así que se asoman, y los mata, dejándolos luego, sin que nadie le haya enseñado á esta caza, ni le haya dicho que allí habia topos. Tambien pregunto, y esto importa mas, por qué la vez primera que amenacé á este mismo perro, se echó al suelo, con las patas dobladas, en postura de quien suplica, y la mas capaz de ablandarme; postura en que se hubiera guardado de permanecer, si, en vez de perdonarle, le hubiera pegado. ¿Con que mi perro, todavia chico y casi recién nacido, habia adquirido ya ideas morales? ¿Sabia qué cosa eran la clemencia y la generosidad? ¿En virtud de qué luces adquiridas esperaba apaciguarme, abandonándose así á mi discrecion? Todos los perros del mundo hacen casi lo mismo en igual caso, y no digo aquí una cosa que cualquiera no pueda probar. Háganme el gusto los filósofos, que con tanto desden desechan el instinto, de explicar este hecho por la mera accion de las sensaciones y de los conocimientos que por ella se adquieren; explíquenle de un modo que á todo hombre de razon le deje satisfecho: entonces nada tendré que replicar, y no hablaré ya nunca de instinto.

bre es malo naturalmente, no puede dejar de serlo sin corromperse, y la bondad en él no es mas que un vicio contra naturaleza. Destinado á hacer daño á sus semejantes, como el lobo á degollar la oveja, un hombre humano fuera un animal tan depravado como un lobo compasivo, y sola la virtud nos dejara remordimientos.

» Volvamos á nuestro interior, mi amado jóven, examinemos, dejando aparte todo interés personal, adonde propenden nuestras inclinaciones. ¿Qué espectáculo es para nosotros mas alhagüeño; el de la dicha ó el de los tormentos ajenos? ¿Qué es lo que hacemos con mas gusto, y lo que despues de hecho nos deja mas grata impresion, un acto de beneficencia, ó un agravio? ¿Por quién os interesais en vuestros teatros? ¿Os causan complacencia los delitos atroces? ¿Verteis lágrimas por el castigo de los facinerosos que los cometieron? Todo es indiferente para nosotros, dicen, menos nuestro interés; y es todo lo contrario: los atractivos de la amistad, ó de la humanidad nos consuelan de nuestros pesares; y aun en nuestros gustos, estaríamos muy solitarios, y seríamos muy miserables, si nouviésemos con quien participarlos. Si no hay ningun afecto moral en el pecho humano, ¿de dónde le vienen esos arrebatos de admiracion de las heróicas acciones, esos raptos de amor de los ánimos sublimes? ¿Qué relacion tiene este entusiasmo de la virtud con nuestro interés privado? ¿Por qué quisiera yo ser Caton que despedaza sus entrañas, mas que César triunfante? Quitad de nuestros corazones el amor de la belleza, y quitais todo el embeleso de la vida. Aquel en cuya mezquina alma han sofocado las villanas pasiones estos deliciosos afectos; aquel que, á puro reconcentrarse dentro de sí, consigue no amar mas que á sí propio, no siente arrebatos; nunca palpita de júbilo su helado corazón, nunca humedece sus párpados una suave ternura, de nada disfruta; no siente, no vive el desgraciado, es ya cadáver.

» Pero sea cual fuere el número de malos en la tierra, pocas hay de aquellas almas cadavéricas que, excepto su interés, se han tornado insensibles á todo cuanto es justo y bueno. Solo nos place la iniquidad, en cuanto de ella nos aprovechamos; en todo lo demás queremos

que sea amparado el inocente. ¿Vemos en una calle, ó en un camino, un acto de injusticia ó de violencia? Al punto se suscita en lo interior de nuestro corazón un movimiento de indignación y cólera, que nos induce á tomar la defensa del oprimido; pero nos contiene una obligación mas poderosa, y las leyes nos quitan el derecho de amparar la inocencia. Si, por el contrario, presenciámos un acto de clemencia y generosidad, ¡qué afecto, qué admiración nos inspira! ¿Quién no dice: Yo quisiera haber hecho otro tanto? Ciertamente muy poco nos importa que haya sido inicuo ó justo un hombre, dos mil años atrás; y no obstante, nos causa el mismo interés la historia antigua, que si hubieran sucedido aquellos acontecimientos en nuestro tiempo. ¿Qué me importan á mí los delitos de Catilina? ¿Tengo miedo de ser víctima suya? ¿Pues por qué le miro con tanto horror como si fuera mi contemporáneo? No solo aborrecemos á los malos porque nos hacen mal, sino porque son malos. No solo queremos ser felices; también queremos la felicidad ajena; y esta felicidad, cuando no nos cuesta nada, aumenta la nuestra. Finalmente, aun á su despecho, tiene uno compasión de los desventurados; y padece con su mal quien es testigo de él. Ni aun los mas perversos pueden desprenderse totalmente de esta propensión, que á veces los pone en contradicción consigo mismos. El foragido que desnuda á los caminantes, todavía cubre la desnudez del pobre; y el asesino mas feroz, sostiene al hombre que cae desmayado.

»Hablan del grito del remordimiento, que castiga en secreto los delitos ocultos, y á veces los hace patentes. ¡Ay! ¿Quién de nosotros no oyó nunca esta importuna voz? Hablamos por experiencia, y quisiéramos sofocar ese tiránico afecto que tanto tormento nos causa. Obedecemos á la naturaleza, conoceremos con cuánta dulzura reina, y cuando la hemos escuchado, qué embeleso hallamos en formar buen concepto de nosotros mismos. El malo se teme y huye; se divierte saliendo de sí propio; vuela alrededor los ojos inquietos, y busca un objeto que le distraiga; sin la amarga sátira, sin la sarcástica mofa, siempre estaria triste; su único gusto es la risa que escarnece. Por el contrario, la serenidad del

justo es interior, su risa no es de malicia, sino de alegría: en sí propio lleva la causa de ella; tan alegre está solo como en una concurrencia, y no saca su contento de los que á él se acercan, sino que se le comunica.

»Tended la vista por todas las naciones del mundo, recorred las historias todas; en medio de tantos inhumanos y extravagantes cultos, y de esa portentosa diversidad de costumbres y caracteres, en todas partes encontrareis las mismas ideas de justicia y honestidad, los mismos principios de moral y las mismas nociones del bien y del mal. El antiguo paganismo forjó Dioses abominables, que en la tierra hubieran sido castigados como facinerosos, y que no ofrecían otra imágen de la suprema felicidad que atrocidades que cometer, y pasiones que saciar. Pero en vano descendía de la morada eterna el vicio armado de una autoridad sagrada; el instinto moral le repelia lejos del corazón humano. Los que celebraban la disolución de Júpiter, tributaban su admiración á la continencia de Xenocrates; adoraba la casta Lucrecia á la impúdica Venus; sacrificaba al Pavor el romano intrépido; invocaba al Dios que mutiló á su padre, y sin exhalar una queja, recibía la muerte de mano del suyo. Las divinidades mas despreciables fueron acatadas por los mas altos varones. Mas fuerte que la de los Dioses, la voz sacrosanta de la naturaleza se hacia respetar en la tierra, y parecia que aprisionaba el delito con los culpados allá en los cielos.

»Así, que en lo interior de nuestras almas hay un principio innato de justicia y virtud, conforme al cual juzgamos, á despecho de nuestras propias máximas, por buenas ó malas las acciones ajenas y las nuestras; y á este principio doy yo el nombre de conciencia.

»Mas al oír esta voz, se suscitan por todas partes los clamores de los pretendidos sábios. Errores de la infancia, preocupaciones de la educación, exclaman todos unánimes. Nada hay en el espíritu humano mas que lo que en él se introduce por experiencia, y no juzgamos de cosa ninguna, como no sea por las ideas adquiridas. Mas hacen; se atreven á desechar esta universal y evidente concordancia de todas las naciones; y contra la uniformidad que resplandece en los juicios de los

hombres, van á buscar en las tinieblas algun oscuro ejemplo conocido de ellos mismos; como si la depravacion de un pueblo aniquilara todas las propensiones de la naturaleza, y como si porque se encuentre un mónstruo, lo fueran ya todos. ¿De qué sirve al excéptico Montaigne el afan que se toma para desenterrar en un rincon de la tierra una costumbre opuesta á las nociones de justicia? ¿De qué le sirve conceder á los mas sospechosos viajeros una autoridad que niega á los autores mas fidedignos? ¿Destruirán acaso algunos inciertos y estrambóticos estilos, fundados en causas locales, la general induccion que se saca del concurso de todos los pueblos, opuestos en todo lo demás, y solo acordes en este punto? ¡Oh, Montaigne! tú que te alabas de ingenuidad y veracidad, sé sincero y verídico, si puede serlo un filósofo, y dime si se halla un pais en la tierra donde sea delito guardar fé, ser clemente, generoso, benéfico; donde sea despreciable el hombre de bien, y acatado el pérfido.

»Cada uno, dicen, contribuye al bien público por su interés. ¿Pues de dónde viene que el justo contribuye á él en detrimento suyo? ¿Qué es correr á morir por su propio interés? Sin duda nadie obra como no sea por su bien, pero si no hacemos cuenta de los bienes morales, nunca por el interés personal explicaremos mas acciones que las de los malos; y es de creer que nadie hará la tentativa de explicar las otras. Muy abominable filosofía seria la que tropezara en las acciones virtuosas; que no pudiera zafarse de las dificultades, sin fraguar para ellas soeces intenciones y motivos ajenos de la virtud; que se viera forzada á envilecer á Sócrates y calumniar á Régulo. Si semejantes doctrinas pudieran brotar en nuestro pais, la voz de la naturaleza, junta con la de la razon, se levantaria sin cesar contra ellas, y no dejaria ni á uno solo de sus partidarios la disculpa de que lo fuese de buena fé.

»No es mi ánimo meterme aquí en discusiones metafísicas que exceden mi capacidad y la vuestra, y que en realidad á nada conducen. Ya os he dicho que no queria filosofar con vos, sino ayudaros á que consulteis vuestro corazon. Aun cuando todos los filósofos del mun-

do me probasen que me engaño, si vos creéis que llevo razon, estoy satisfecho.

»Para esto no es menester mas que distinguir nuestras ideas adquiridas de nuestros afectos naturales, porque necesariamente sentimos antes de conocer; y como no aprendemos á querer nuestro bien y evitar nuestro mal, sino que la naturaleza nos infunde esta voluntad, del mismo modo, el amor de lo bueno y el odio de lo malo son tan naturales en nosotros como el amor de nosotros mismos. Los actos de la conciencia no son juicios, son afectos: aunque todas nuestras ideas vienen de lo exterior, los afectos que las valúan son internos, y por ellos solo conocemos la discrepancia ó analogia que existe entre nosotros y las cosas que debemos evitar ó buscar.

»Para nosotros existir es sentir; nuestra sensibilidad es indisputablemente anterior á nuestra inteligencia, y antes de tener ideas hemos tenido afectos (1). Sea cual fuere la causa de nuestro ser, ella ha provisto á nuestra conservacion dándonos afectos que convienen en nuestra naturaleza; y no puede negarse que á lo menos estos sean innatos. En lo que toca al individuo, estos afectos son el amor de sí mismo, el miedo del dolor, el horror á la muerte, el deseo del bien estar. Pues si, como no podemos dudar, el hombre es sociable por su naturaleza ó formado á lo menos para ello, solo lo puede ser por efectos innatos relativos á su especie; porque si meramente atendemos á la necesidad fisica, con seguridad que debe esta dispersar á los hombres mas bien que aproximarlos. Luego, del sistema moral formado por estas dos especies de relaciones consigo mismo y con sus semejantes, nace el impulso de la conciencia del hombre. Conocer lo bueno no es amarlo; no tiene

(1) Bajo ciertos aspectos las ideas son afectos, y los afectos ideas. Ambos nombres convienen á toda percepcion que nos ocupa en su objeto, y en nosotros mismos que con este nos movemos: solo el órden de esta afeccion es el que determina el nombre que conviene á la percepcion. Cuando ocupamos primero en el objeto, solo por reflexion pensamos en nosotros, es una idea; cuando, por el contrario, nuestra primera atencion se la lleva la impresion recibida, y solo por reflexion pensamos en el objeto que le causa, entonces es un afecto.